

Estrategia de lo posible

En la página de estadísticas mundiales Worldometer encuentro cifras escalofriantes sobre el sufrimiento humano: Cada día en el mundo mueren unas 183.600 personas, de las cuales 30.600 mueren por inanición y 2.940 se suicidan. Por otra parte, según la fuente citada se realizan en el mundo cada día 122.000 abortos.

Hay 870.750.000 personas desnutridas en el mundo y 838.240.000 personas que padecen obesidad. Según la Wikipedia (Homelessness), en la Unión Europea hay alrededor de 3.000.000 de personas sin hogar y en Estados Unidos unas 530.000. Según la Organización Mundial de la Salud, hay en el mundo 772.000.000 de personas sin suministro de agua potable y mueren cada día 2.300 personas por beber agua en mal estado. Este extenso panorama del sufrimiento a todos nos alcanza, o nos alcanzará en alguna de sus manifestaciones, porque es característico de la vida misma y de la condición humana en particular.

Hace pocos días leí en La Provincia un artículo que trataba de la tragedia de los inmigrantes que mueren ahogados, intentando entrar clandestinamente por mar a los países desarrollados, en busca de una vida mejor. Cifras pavorosas; números sangrantes que representan una cadena de sufrimientos a la que no vemos fin y que conmueven al más duro de los lectores.

El artículo citado, después de pintar vívidamente el escenario del sufrimiento de los inmigrantes ilegales pasaba sin transición, a buscar y señalar culpables, que a su juicio resultan ser ¡cómo no! los políticos. Terminaba el artículo con una maldición estilo antiguo -propia del Conde de Monterone de la ópera Rigoletto, o del más duro de los profetas bíblicos- que el autor dedicaba a los responsables elegidos democráticamente para dirigir nuestro país.

Es fácil hacer ese tipo de condenas: la técnica consiste en describir uno cualquiera de los escenarios de sufrimiento que abundan en el mundo y en cada sociedad, para a continuación culpar teatralmente a alguien, sin que entre el primer paso y el segundo medie argumento alguno. A las personas que así actúan no se les pasa por la cabeza ser parte activa en el fin del sufrimiento que denuncian, proponiendo medidas concretas de naturaleza técnica, legal o política que contribuyan a mejorar la situación. Prefieren utilizar el sufrimiento ajeno para darse el lujo de juzgar y condenar con rapidez.

Es evidente que cualquiera de los dirigentes de los países europeos estaría encantado de resolver la cuestión de la inmigración ilegal de forma civilizada: ¡pasaría a la historia!. Pero ocurre que es un asunto tan antiguo como la civilización, para el que no existen soluciones fáciles; que si existieran ya se habrían adoptado.

Una medida que quizá aprobarían algunos lectores sería la apertura total de fronteras a la inmigración. De un plumazo desaparecería la inmigración ilegal y con ella las mafias que transportan a los inmigrantes ilegales, en viajes tan costosos como llenos de peligro. Una vez abierta la puerta de par en par, reduciéndose con ello el coste del viaje y eliminándose el riesgo, no cabe dudar que el número de inmigrantes registraría un aumento muy grande. Tal flujo continuaría ininterrumpidamente mientras existiera un diferencial en nivel de vida, seguridad y sanidad, entre nuestro país y los países que son fuente de emigración.

En el caso de Canarias, la política de puertas abiertas atraería tanta emigración del vecino continente, que el PIB por habitante de Canarias descendería en picado, con dramáticas consecuencias para nuestro Estado del Bienestar. El choque entre culturas plantearía graves conflictos y, en definitiva, esta tierra que amamos, esta tierra que creció con el esfuerzo y la sangre de nuestros antepasados, quedaría irreconocible.

La política de puertas abiertas a la inmigración es tan evidentemente nociva que resulta, de hecho, imposible de adoptar. Ningún dirigente político democráticamente elegido, sea de España o sea de otro país de la Unión Europea, se prestaría a implantar esa medida por el enorme daño que causaría a aquellos que le votaron, sin que con ello se asegurase el bienestar de los países donde la emigración se origina. Me viene a la mente la cruel imagen de un naufragio, en el cual unos pocos consiguen mantenerse a flote en un pequeño bote, que acaba hundiéndose por el peso de los otros naufragos que quieren subir a él a la fuerza: ahogándose todos.

Una vez rechazada por imposible la política de puertas abiertas, queda la posibilidad -y el deber- de adoptar lo que llamaría “**estrategia de lo posible**”, que en mi opinión consistiría en tres ejes de acción:

En primer lugar, proporcionar abundante ayuda técnica y financiera a los países menos desarrollados, para la expansión y modernización de sus infraestructuras, servicios sociales y estructuras políticas. No estoy hablando del 0,7% del presupuesto del Estado, que se ha propuesto como objetivo no vinculante, sino de una cifra vinculante diez veces mayor.

Al mismo tiempo, incrementar generosamente la inmigración legal, fijando cuotas que se adapten a lo máximo que la economía y la paz social podrían

aceptar en cada país de forma continuada. Esa inmigración legal desde los países pobres accedería a los países ricos sin depender de las mafias, por lo que el coste del transporte se reduciría en gran medida, paralelamente a un enorme aumento de la seguridad de los inmigrantes.

Quedaría por último, el problema de la inmigración ilegal, si bien en menor medida como consecuencia de las medidas anteriores. Es de gran importancia reducirla, porque la inmigración ilegal consume una parte de las cuotas que se podrían asignar a la inmigración legal, y además es muy lesiva para los propios inmigrantes. La reducción o desaparición probablemente se conseguiría de una parte, manteniendo la vigilancia y el control de fronteras, evitando el efecto llamada, y por otra relacionando las ayudas para infraestructuras, con el esfuerzo que haga cada país para restringir, en origen, la *emigración* ilegal.

Seguramente no he propuesto nada que no hayan dicho otros antes, pero creo que es importante insistir, para que entre todos consigamos que arraigue la conciencia de que con generosidad y constancia, podrían y deberían reducirse las diferencias económicas entre el primer y el tercer mundo. Y al mismo tiempo conseguir que termine la tragedia de la inmigración ilegal. Eso, que nos beneficiaría a todos, no se logra maldiciendo a los gobiernos.

Las Palmas de Gran Canaria, 28 de Junio de 2023
Atilio González Hernández

Publicado en La Provincia el 29/06/2023